

LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL
DE OBRAS TEATRALES

Léala usted todos los sábados



Dará a conocer a sus lectores todas las obras que se estrenen con éxito, inmediatamente después de su estreno.

Colaboración de los más insignes comediógrafos españoles.

Ilustraciones de los más distinguidos artistas.

Cubiertas en colores.

Magnífica presentación.

Pídala en todos los puestos de periódicos.

50 CENTIMOS

ADMINISTRACION: RIVADENEYRA, S. A.

Paseo de San Vicente, 20. - MADRID

RAMÓN M. TENREIRO. LA BALADA DEL VIENTO





GUTIERREZ

SEMANARIO ESPAÑOL

::: DE HUMORISMO :::

24 áginas. Cuatro colores. 30 céntimos

**Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.
Bartolozzi.—Roberto.—Baldrich.
Karikato.—Barbero.—López Rubio.—Tono.—Etc.**

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.

CONCURSOS RAROS. — SECCIONES EXTRAÑAS

¡Contra la neurastenia!

¡Contra la hipocondría!

HUMORISMO SANO. — BUEN GUSTO

COMPRE V. TODOS LOS SABADOS

GUTIERREZ

Administración: Rivadeneyra (S. A.)

Paseo de San Vicente. 20. — MADRID

A-783277

RAMON M. TENREIRO

✓
S/12294-16

La balada del viento

NOVELA

ILUSTRACIONES DE VARELA DE SEIJAS



LA NOVELA MUNDIAL

AÑO II ⑥ 6 DE OCTUBRE DE 1927 ⑥ NUM. 82

MADRID



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Lunes antes del alba, cuentos.

El loco amor, novela.

El Conde Lucanor, adaptación para niños.

El Califa Cigüeña, ídem íd.

La esclava del Señor, novela. (En preparación.)

TRADUCCIONES :

El Santo, de Fogazzaro.

El túnel, de Bernardo Kellermann.

San Francisco de Asís, de Joergensen.

Judit, de Hebbel.

Herodes y Mariene, de ídem.

Los Nibelungos, de ídem

Clavijo, de Goethe.

Afinidades electivas, de ídem.

REPRODUCCIÓN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

LA BALADA
DEL VIENTO

REPRODUCCIÓN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

A José Bergamín, excelente amigo, agudo ingenio, en recuerdo de una conversación literaria entre los mirtos del jardín de El Escorial.

INTRODUCCIÓN

Lento.

En la callada noche sin luna, euajada de luceros, álzase de pronto, no se sabe de dónde, el invisible gigante del viento, y con sus rudos soplos, airados y arbitrarios, trueca en bárbaro estrépito el nocturno silencio: galopa desatinado por los campos, azotando los árboles, cuyas frondas se quejan como rumor de oleaje; brama en cada risco, muge en cada campanario de aldea, y, allá arriba, en la ilimitada extensión de los cielos, encandila con su abanico la brasa de las estrellas, que, en el profundo terciopelo de la noche, relumbran esplendorosas como la pedrería del manto de una reina.

¡Quién piensa en dormir! Mis ojos están abiertos como si los párpados hubieran perdido el resorte de su juego. Ante mi ventana, como disformes personajes de un drama de *stuetas*, se alzan y se inclinan con trágicos ademanes las negras copas de los vecinos árboles. Toda la

casa está llena de ruidos: estalla la madera de techos y de suelos, rechinan y tabletean las cerradas puertas, estremécense las ventanas como si alguien quisiera entrar por ellas; las ráfagas ululan por la chimenea del dormitorio, silban y gimen en todas las rendijas por donde logran deslizarse, y al cabo de gran tiempo, en instantes en que la agotadora fatiga de la vigilia llega quizás a dejarme algo traspuesto, la casa entera, maltratada del viento, antójaseme navío, impaciente de hacerse a la mar, como fogoso caballo que ansía la carrera. Crujen las cuadernas de su casco y las vergas de su arboladura; sobre el tejado, hínchanse de aire las desplegadas velas, mientras que, todo alrededor, las agitadas hojas de los árboles—zumbante moscardón cada una de ellas—fingen en torno a la quimérica nave hervores de marinas rompientes.

En este viaje, siguiendo la derrota de las dinámicas tinieblas, hay un momento en que la áspera voz de las ráfagas cobra misteriosos acentos, entona fragmentarias melodías, barbotea palabras sin ilación. Poco a poco, no sé si en vela o en sueño, cantos y vocablos van enlazándose en el collar de una historia extraña, que, en aquella hora de nerviosidad y desasosiego, me espeluzna y conmueve. Aquí está, tal cual en mis oídos la cantó el viento, pero temo que haya perdido todo su poder crispador al ser arrancada a su escalofriante ambiente nocturno y traída al orbe vulgar de la pluma y el papel.

PRIMER TIEMPO

Allegro ma non troppo.

El viejo torreón desmantelado, que antaño defendió contra las incursiones normandas el camino del mar a la sagrada Compostela, alza sus recios muros sobre la costa, a la derecha de la boca del río. Mucho tiempo hace que, perdida toda importancia militar por haber dejado de arribar aquellos piratas sobre las bravas ondas, el castillo, con todas las tierras que lo circundan y la inmediata aldea, fué dado en feudo a un sobrino suyo por un arzobispo de la silla santiaguesa.

Ahora, pasados varios siglos, está casi cegado por el fango del río y las arenas del mar el ancho foso que rodeaba el baluarte; el antiguo puente levadizo, semihundido y enterrado, perdidas sus cadenas, no puede aislar ya la fortaleza; bajo el arco que da acceso a su patio, ha desaparecido el viejo rastrillo que lo cerraba en otro tiempo cayendo desde lo alto por las profundas ranuras excavadas en las jambas de piedra, y hasta la misma robusta puerta de castaño, fortalecida con chapería de hierro, rotas sus bisagras, yace arrumbada a un lado de la entrada, a trozos, podrida y medio deshecha.

El patio es breve y sombrío, entre las altas murallas

que lo cercan; las losas de su suelo casi siempre están húmedas, revestidas de musgo y orladas de yerba. Terreras construcciones, cuadradas y bodegas, de ruinosos tejados, se acurrucan tímidamente al pie de los militares muros.

Frente a la entrada, álzase la cuadrada torre con soberbia elevación vertiginosa: hiladas de sillares sobre hiladas de sillares, lisos y desnudos, cuya uniformidad sólo allá en lo alto es rota por diminuto ajimez, bajo la crestería de almenas y matacanes. A la izquierda del torreón, y apoyado en él, hay un edificio de una sola planta, cuerpo de guardia en otro tiempo, hoy vasta y lóbrega cocina, de tenebrosas bóvedas, apenas alumbrada por alguna angosta aspillera. Por una de sus paredes laterales, se encarama una estrecha y pina escalera de granito, con barandal de piedra, que allá arriba, entre las sombras del techo, se pierde en el grueso de los muros, junto al arranque de las nervaduras de la bóveda: único acceso conocido a las estancias de la torre.

Es de noche. En el bajo hogar, rodeado, por dos de sus lados, de una ennegrecida y brillante sillería de roble, arde una mediana carga de leña, pero sus trémulas llamas danzarinas, apenas logran, con sus bermejos resplandores, arrancar un instante de la obscuridad general los más próximos objetos: una mesa, escabeles, arcones, y la mayor parte de la dilatada cámara piérdese en el seno de invencibles tinieblas.

Una mujer, sentada al borde del lar, vigila cuidadosa una hirviente y renegrido puchero, puesto sobre la brasa, en unas trébedes. Es vieja, oscuros harapos cubren su deforme cuerpo; crespos mechones de canas surten del negro pañuelo que envuelve su cabeza; su rostro es sólo



arrugas, y sus ojos, apagados y lacrimosos, ostentan en los párpados sangrientos ribetes.

Al calor del hogar, dos perrazos duermen a sus pies, pacíficamente.

Un mozallón, tendido en un escaño al otro lado de la lumbre, no menos roto y sucio que la anciana, abre lentamente los ojos, venciendo en parte su perezosa modorra, y pregunta, todavía con sueño:

—Madre, ¿no vino aún nuestro amo?

—Ni señales.

—Es raro. Debe ser ya muy tarde, si lo juzgo por mi hambre.

—Si se midiera el tiempo por tu apetito, hijo mío, iríanse los días en un soplo. Tu gusto sería estar siempre comiendo.

—Comiendo... Pero, ¿es que alguna vez se come en esta casa? Aquí nunca se sabe lo que es matar el hambre por completo.

—En otro tiempo se supo, hijo mío. Nubes de escuderos y de siervos, de criados y pecheros nos amontonábamos en esta cocina, y para todos había hartura. La lumbre no estaba ociosa un momento. Todo era comer, reír, bailar... ¡Lo que tenemos gozado, Virgen Santa! Pero, después, la casa se quedó sin señor, al desaparecer en el bosque, nunca se supo cómo, el padre de nuestro amo actual, y el conde de Rivados, nuestro vecino, que ya pagará en los profundos el daño que en este mundo lleva hecho, al ver que aquí no quedaban más que una pobre viuda y un desdichado huérfano, prevaleiéndose de no sé qué escrituras y documentos, se apoderó de todas las tierras y aldeas para juntarlas a las de su señorío... Y gracias que nos dejó la torre para que siquiera

no nos lloviera encima... La señora, que santa gloria haya, pleiteó para recobrar los bienes de su hijo mientras le duró el aliento; pero las gentes de justicia, ya se sabe, sólo piensan en comer, y como todo un señor conde de Rivados puede darles mucha mejor pitanza que una vinda y un huérfano...

—Todo eso lo tengo ya olvidado de puro sabido—replica el mocetón rudamente, acompañando sus palabras de sonoro bostezo—. Lo que no sé es cómo llenarme jamás la andorga sirviendo a tal amo... Y si aun hubiera la esperanza de tener un hartazgo de cuando en cuando, porque volviera alguna vez de sus correrías habiendo cobrado una gran pieza... Pero un día lo fui siguiendo y sé muy bien lo que hace en el bosque en vez de cazar. Penetra hasta lo más fragoso, hasta donde no se han aventurado jamás las gentes de la aldea. Deja trabada su caballería en la primer pradera y, sin arma alguna, vase en busca de lo más intrincado, lúgubre y temeroso de la selva, a sitios a los que yo no llegaría ni por todo el oro del mundo. Allí se pasa el día registrando los huecos troncos de los robles, la maleza, los matorrales; penetra en las espeluncas más sombrías, baja a las más escondidas fuentes y se está horas enteras viendo manar el agua... ¡Dios me lo perdone! Pero parece hechizado, y que en vez de ir al bosque en demanda de corzos y jabalíes, como los demás señores, lo que le atrae son los espíritus diabólicos que se esconden en las cavernas, los árboles y arroyos. Así llega por la noche pálido y descompuesto, con ojos de loco, como si acabara de ser saludado por la hueste de los muertos.

—No digas eso, cállate—replica la vieja—; ya sabes

que no consiento que se hable mal del amo: a él y a ti, hijo mío, os he criado con la leche de mis pechos.

De pronto, erizado el pelambre de su lomo, álzanse los soñolientos perros, y, mostrando sus colmillos, comienzan a regañar sordamente, mirando hacia la puerta.

—¿Qué pasará?—murmura el mocetón—. El amo debe estar entrando en el patio, porque se oyen las herraduras de su caballo; pero los canes, en vez de ir a su encuentro, gruñen junto al hogar, como si le tuvieran miedo. Al paso que vamos todos acabaremos por tenérselo.

El mozallón va hacia la puerta con haraganes pasos, al tiempo que otra vez bosteza. Sin cesar en sus gruñidos, los canes lo siguen cobardemente.

SEGUNDO TIEMPO

Adagio appassionato.

Llena de pasmo, la vieja ve que su amo no entra solo en la cocina, sino que, con mano amorosa, sostiene y empuja por los hombros una negra figura, que por sus movimientos más bien parece querer volverse atrás que avanzar hacia la lumbre.

—Nada temas—murmura el señor tiernamente—. No vaciles en entrar. Estamos en mi casa, entre criados míos. Aquí nadie te hará mal, sino que todos te respetarán y servirán como a una reina.

La anciana, con creciente asombro, va descubriendo que aquel oscuro bulto, algo más bajo que su amo, que se deja llevar a desgana hacia los asientos del hogar, viene envuelto en el gran capote del señor, que casi le arrastra, y trae calada la capucha en forma que no hay manera de verle el semblante.

El caballero, con amantes desvelos, hácela sentar frente a la llama, al tiempo de decirle blandamente:

—Ven, alma mía; arrima tus piecitos al fuego, que vienes aterida. Ahora el ama te dará una taza de caldo



que te haga entrar en calor. Tú verás, tú verás cómo te acostumbras a nuestros cuidados y no quieres vivir ya más que entre los hombres.

Cuando el caballero, con tímida mano, echa hacia atrás la capilla del capotón, descubriendo el semblante de la misteriosa figura, la vieja, convertido en escándalo su espanto, contempla una cabeza de mujer dotada de tan prodigiosa belleza como jamás habría pensado que pudiera brillar en la mísera carne del hombre: negros cabellos delicadamente ondulados, suaves facciones de un tono mate y pálido, encendida boca con esplendores de guindas y claveles y unos ojos..., unos ojos...

¡Virgen santa! Grandes, dulces, serenos, lucientes, derraman en torno verdosos resplandores, que casi iluminan los sórdidos y tenebrosos rincones de la estancia. No. Ojos como aquellos no los puede tener ningún ser humano. Así sólo miran los ángeles o los demonios.

Y luego, ¡Dios bendito!, aquella mujer debe venir desnuda: con ambas manos sujeta apretadamente desde dentro, sobre su pecho, los pliegues de la capa, en forma que sólo su cabeza queda fuera de ella, y los descalzos pies que tiende hacia la llama—limpios, brillantes y rosados, como si jamás hubieran pisado los abrojos y lodos de la tierra—son remate de unas pulidas y torneadas piernas que desaparecen bajo la orla del capotón sin la más pequeña señal de vestido. La vieja se estremece de horror. Sólo una criatura de Satanás puede tener aquellos ojos e ir en aquella forma por el mundo adelante.

En tanto el caballero prodiga a la desconocida las más delicadas solicitudes: atiza la lumbre, para que las alegres y volubles llamas espanten el frío de aquel cuerpo adorable; rodéala de mantas y pieles por espalda y cos-

tados, para que sus delicadas carnes no sean dañadas por la dureza del tosco asiento por el que es sustentada, y para que sus pies, tan puros como flores, no tengan que rozar las mugrientas piedras del lar, acaba por sentarse a sus plantas, ponerlos sobre sus rodillas, acariciarlos largamente con mano temblorosa, echándose después sobre ellos, fundiéndolos con su persona en un beso sin fin.

El caballero habla y habla, ardiendo en entusiasmo, embriagado por la vecindad de aquella criatura incomparable y por la sonriente mirada en que silenciosamente lo envuelve cada vez que alza a ella los enamorados ojos. En encendidas palabras, cortadas por ternezas, va describiéndole lo que será su vida en la torre: ella será el ama de todo, dispondrá como quiera de personas y cosas.

Arriba, en los salones del castillo, hay varios cofres llenos con los vestidos, tocados y joyas que usaba su madre en tiempos de opulencia. Por algo no había consentido nunca el hijo en desprenderse de aquellos tesoros, ni aun en los días de mayor miseria: ropa blanca de lino, sutil y finísima, pero siempre indigna de rozar su piel maravillosa; medias de enrollar y chapines de tisú de oro para estuche de la joya viviente de sus pies; pesados trajes de rasos y brocados que guarden celosamente, sólo para los ojos de quien la adora, la celestial escultura de su cuerpo; velos de toda suerte, que, tendidos sobre el rostro, atenúen el cegante resplandor de sus ojos; collares para su garganta, arracadas para sus orejas, ajorcas para sus muñecas, anillos para sus dedos...

Sobre la maravilla de su natural hermosura amontonarán las manos de su enamorado cuantas joyas y ornatos ha sabido crear la industria del hombre. Y para ello, como necesita dinero, desde el mismo día siguiente irá a re-

clamar al de Rivados cuantos bienes suyos detenta, y se los ha de dar de grado o por fuerza, y si su heredado caudal no fuera suficiente, saldrá con sus mesnadas a los más transitados caminos, como otros nobles siempre han hecho, y desvalijará a los ricos caminantes, asaltaré ciudades, promoveré contiendas, hasta que logre amontonar a las plantas de su amada todas las riquezas de la tierra...

Pero de pronto, como despertando de un sueño, el galán abate el tono de su discurso, que escuchaba, encantada, la bella, y quiere que ésta tome algún alimento. El pote del caldo humea sobre las brasas del lar, y ya que por aquella noche, en su extrema pobreza, no puede ofrecerle otro manjar más digno de ella, mándale al ama que le sirva una taza. Pero no, no; no va a tomarlo en los viles cuencos de barro en que comen él y sus criados. Hace que la nodriza abra de mala gana uno de los arcones de junto al hogar y que después de revolver largamente saque de él una labrada taza de plata, ennegrecida por el largo desuso. Límpiala el ama prestamente y la llena de caldo. El señor, con tierno gesto, se la presenta a su enamorada, la cual, para agarrar el asa, saca de entre la capa una mano blanquísima, casi traslúcida, de afilados dedos y combadas uñas, al tiempo que deja ver un nevado antebrazo de pulida muñeca y un cuello y unos hombros casi luminosos de puro blancos, llenos de maravillosa morbidez y blandura.

La vieja, en su honesto furor, apenas logra reprimir su indignación y contempla a la recién llegada con iracundos ojos. También el mozallón, que acaba de entrar de la cuadra, donde deja acomodada la cabalgadura, avizo-

ra la escena desde el más lóbrego rincón de la cocina con anhelante rostro, ojos de codicia y labios palpitantes.

La hermosa mujer lleva, con risas, a su boca la taza de caldo, bebe un sorbo en ella y se la tiende a su galán, que la mira hechizado, y clava ansiosamente los labios en el mismo punto del argentino borde en que ha visto posados los de su compañera.

Dícele después tiernamente:

—Mira, mi alma, debes estar rendida del largo viaje, ya que no tienes costumbre de andar a caballo... Es tiempo de que subas a descansar. ¿No quieres más caldo? ¿Un vaso de vino que te dé fuerzas para comenzar la vida nueva?

La desconocida dice que no con ojos y cabeza y se pone en pie para marcharse, apretando como siempre sobre su pecho el tabardo que la envuelve. Llena de curiosidad, pasea lentamente sus ojos de lucero por los rincones del tenebroso antro, y con la caricia de su mirada, tanto el lúgubre local como los sórdidos objetos amontonados entre sus paredes parecen adquirir de pronto un inusitado esplendor misterioso.

Entretanto el caballero, con un ascua del hogar, ha prendido fuego a la mecha de su candil, y con la luz en la mano izquierda, el brazo derecho echado por los hombros de la florida criatura, guía sus pasos hacia la pendiente escalera que se pierde en lo alto entre las tinieblas de la bóveda.

El criado, con semblante de rencor y lujuria, los mira ascender lentamente. El caballero sube casi en brazos a su gentil compañera y musita en su oído palabras de ternura. La llama del candil enciende bermejos resplandores en el rostro de la mujer, que resalta sobre el ahumado



fondo del muro, arranca mareantes reflejos del cristal de sus ojos y de la húmeda flor de sus labios sangrientos.

Allá arriba, a punto de desaparecer en la bóveda, creyendo quizás que ya no puede ser visto de sus servidores u olvidado de su existencia y de la del mundo entero, el señor inclina su rostro sobre aquel rostro que se alza amoroso hacia él, y, loco de ansiedad, clava su boca pálida en aquellos labios de fuego.

La madre y el hijo permanecen largo tiempo en silencio. Por fin lo rompe el mozo:

—Ya ve, madre, si tenía yo razón; ya sabemos lo que busca el amo por los bosques: esas nefandas criaturas puestas por el demonio en árboles, fuentes y peñascos para perdición de los hombres.

—No será lo que tú dices, hijo mío. Será una pobre pordiosera a quien encontró extraviada en el bosque.

—Una pordiosera, con aquellos pies que nunca pisaron tierra y que casi deslumbran a fuerza de hermosa... y con aquellos ojos... Madre, ¿le vió los ojos?, ¿le vió los ojos? No sé qué fuerza maldita tiene en ellos que no es posible tropezar con su mirada sin sentir que nos es arrebatada el alma en los torbellinos de no sé qué furiosos vientos de locura. Miróme un instante y aese entonces todo lo veo rojo dentro de mí. No pienso más que en correr a los salones de la torre, degollar al amo, huir con ella en los brazos hasta lo más escondido de los bosques y allí matarla yo o ser muerto por ella.

—¿Qué dices, hijo mío?

—Sí, eso es... Y si no quiere que me pierda, mi madre, sáquele los ojos cuando esté fuera el señor. Vacéselos, ciéguela, porque si otra vez me miran como me miraron no soy dueño de mí.

Déjase caer de golpe en un escaño, apoya el codo en la rodilla y la frente en la mano. La anciana llégase a él y le pasa lentamente los dedos por la greñuda cabeza, queriendo apaciguarlo.

—Vamos, vamos, cálmate...

—Sólo me queda un medio de calmarme—dice de pronto el mozo poniéndose de pie—y aun no sé si me servirá. Marcharme del castillo, irme muy lejos, no volver por aquí mientras no desaparezca esa hechicera. Porque si sigo en esta cocina y pienso que allá arriba, en su alcoba, el señor desfallece de dicha entre los brazos de esa mujer, no soy dueño de mí: bajo a los sótanos y prendo fuego a la torre para que los dos perezcan en el mismo ardor que a mí me abrasa.

La madre se santigua repetidas veces, llenos de lágrimas los ensangrentados ojos.

—Si es así, vete, vete, hijo mío—acaba por murmurar.

El mozo se lanza fuera con violencia, cerrando de golpe la puerta. La anciana, tras de cubrir la lumbre, en el momento de ir a tenderse en su miserable camastro, coge un calderete de agua bendita, y con la rama de olivo metida en él rocía prolijamente la cámara salmodiando oraciones.



TERCER TIEMPO

SCHERZO

Molto vivace.

Noche. La torre, solitaria, entre la playa y el río, al pie de los peñascos de la costa. Sobre la fosca cima de los montes surge un cuarto de luna pálido y triste que lucha en vano por triunfar de las sombras y sólo consigue infundir al paisaje un aire de misterio y abandono.

Su melancólico resplandor permite descubrir neblinas de plata que avanzan cautamente entre los árboles y mimbreras de las márgenes del río; otras que se alzan del mar entre las adormecidas ondas; otras que descienden del áspero monte, resbalando por canchos y tojales. A cada instante se hacen más densas y visibles, y cuando juntan sus silenciosos rebaños al pie de la torre, tienden en torno a ésta un movedizo tapiz de blancos vellones que ocultan su base y la hacen flotar sobre un incierto lago plateado como ilusorio alcázar de espejismo.

Mas no son cosa muerta y uniforme las vedijas de bru-

ma, sino que, poco a poco, va cuajándose en ellas gran diversidad de seres, al pronto tennes, sutiles, aéreos, traslúcidos, pero que después casi llegan a adquirir apariencias de carne.

Sin tocar al suelo, saltan y rebullen por encima de las matas y peñascos que rodean la torre, se encaraman por sus lisas paredes hasta la mitad de su altura, apoyándose en las hendeduras de los sillares; coronan el muro del recinto, jugueteando entre las almenas; llenan el patio de armas y se amontonan sobre los tejados de las cuadras.

Los hay de todas formas y familias: nereidas, ninfas, náyades, sirenas, salamandras, dríadas, hamadrías, con deleitoso aspecto femenino, ojos de mollicie y ágiles cuerpos ondulantes; alados silfos como mamoncillos rechonchos y rosados; maliciosos sátiros de caprina frente; robustos centauros; gnomos de larga barba como viejecillos encorvados; grotescos ogros barrigudos, traviesos duendes, informes larvas, trasgos amedrentadores, lamias y arpías espantosas, horrendos lémuers y estriges, cíclopes y arimaspes, grifos, unicornios, quimeras, esfinges.

Cuantos fabulosos seres han poblado los sueños, encantadores o terribles, de todas las edades y naciones, surgen allí, del seno de la niebla, como prodigios de belleza o monstruos de fealdad. A la noble forma humana asóciase arbitrariamente la de todos los animales de la creación en delirantes maridajes, y al danzar reunidos en torno al castillo como en un frenético aquelarre, las luces de sus millares de ojos se agitan vertiginosamente con mariposeo cegador de fuegos fatuos.

Cantan todas juntas en medio de la danza. Algunas de sus voces, apenas perceptibles para oídos humanos, son dulces, suaves, tiernas, aladas, con delicada música



de flautas y campanillas de plata; otras son ásperas y cascadas como crotorar de cigüeñas, agrias y chillonas como graznar de cuervos: graves y profundas como mugir de novillos, y entre todas forman un extraño coro, entonan una melodía, llena de estridencias y disonancias, oscura, imprecisa, rauda, turbadora, que si pudiera ser escrita por alguien cuajaría la orquesta de musicales brumas y de inciertos anhelos el corazón del auditorio.

—Hermana—rompen a decir los unos.

—Hermana—prosiguen otros.

—Hermana—reiteran todos—. Por ti venimos, por ti venimos, hermana, para que otra vez vuelvas a vivir alegrementemente entre nosotros, saltando entre las ramas al soplo de la brisa, nutriéndote del rocío de las flores, columpiándote de los hilos de las arañas, trepando a las nubes por el camino de los rayos de la luna. Ven con nosotros, ven con nosotros; no olvides que has nacido libre de las duras cadenas que aprisionan al hombre y que tu cuerpo hermoso no conoce la fatiga, el frío, la pena ni las lágrimas. Huye de los hombres, que sólo la desgracia mora entre ellos. Si sigues a su lado perderás tus divinas cualidades y, como ellos, sufrirás trabajos, cansancio, dolores, enfermedades, muerte. ¡La muerte! ¿Tú sabes lo que es morir, desdichada? Y aun antes de ese trance tremendo, tú, que hoy eres inmortal como nosotros y gozas de una juventud eterna, irás perdiendo tus gracias, marchitándote, envejeciendo, y padecerás largamente lo que es mil veces peor que la muerte: el hambre, la miseria, la privación, el dolor. Ven con nosotros, ven con nosotros, para quienes no hay cuidados ni trabajos. Cogida de nuestras manos serás una flor más en la guirnalda de nuestra danza, bailaremos gozosamente a la luz de la

luna sobre la menuda yerba de los prados, y cuando surja la mañana, las frescas penumbras de la selva nos ofrecerán, como siempre, lechos propicios para nuestro reposo. Ven con nosotros, ven con nosotros, ven con nosotros...

T R Í O

Più lento. Con tenerezza.

En el salón más alto de la torre, en suntuoso lecho, tendida a par del caballero, sumido en un dulce sueño de fatiga, la mujercita, vagamente angustiada de sentirse por primera vez bajo techado, contempla con abiertos ojos el azulado charco de luz que derrama la luna, penetrando por el ajimez, en el pulido suelo de castaño de la dilatada estancia.

Llegan a su oído las llamadas de sus antiguos compañeros, y su alma, antes tan sencilla y clara, es ahora teatro de una lucha increíble: de un lado, la voz de sus amigos, la nostalgia de su siempre feliz existencia entre las frondas y las aguas, la extrañeza de aquel desconocido ambiente en que se encuentra aprisionada, inclinanla a abandonar el lecho, llegarse a la ventana y bajar junto a los suyos usando un rayo de luna por escala; mas al propio tiempo, no sabe qué cadenas de ternura y piedad van ligando su vida con la de aquel hombre que reposa a su lado: es una delicia para ella el manso rumor de su aliento, el calor de su cuerpo bajo el cobijo de las mantas, el peso de la mano posada en su cadera en un último

abrazo cortado por el sueño; aquella criatura mortal le ha revelado, con su amor, delicias que jamás hubiera antes sospechado. De otra parte, sabe muy bien con cuánto cariño la quiere; sabe qué tormento sería para el caballero que se apartara alguna vez de su lado, y se propone hacerlo feliz, ya que, según él le ha narrado, todo en su vida, hasta entonces, no han sido más que desgracias; quiere ser suya, renunciar a su libre existencia, resignarse a vivir cautiva en una de aquellas jaulas en que se encierran los hombres, si de aquel modo puede hacer la dicha de quien le importa ya más que el mundo entero...

No obstante, hay un momento en que está a punto de levantarse del lecho y asomarse al ajimez para ver por última vez a sus felices camaradas; pero cuando quiere librarse de aquella mano que descansa en su costado, despiértase su compañero, estréchala violentamente entre los brazos, bésala con renovado ardor, al tiempo que murmura:

—¡Ay, Dios mío! Si soñaba que te ibas de mi lado. No te vayas jamás, mi alma, que me moriría de pena. Para siempre mía, para siempre mía, para siempre mía...

Scherzo da capo. Lo stesso tempo.

En vano los quiméricos seres de la noche entonan largamente sus canciones al pie de la torre y la envuelven en los giros de sus veloces danzas. Ni por un momento se deja ver su compañera en el alto ajimez, aunque renueven con impaciencia cada vez mayor sus ardorosas llamadas:

—Ven con nosotros, ven con nosotros, hermana...

Y cuando comienza a palidecer el cielo sobre las cimas sombrías de los montes, apáganse sus voces, inte-

rrúmpense sus danzas, bórranse sus colores, piérdense sus formas, fúndense otra vez prudentemente en los plateados copos de la niebla, y por la margen del río, sobre prados y arboleda, se deslizan otra vez hacia la materna selva con toda la tristeza de que son capaces sus alocadas cabecitas.

CUARTO TIEMPO

Recitativo. Moderato.

Acabada su temprana misa, el anciano prior de Santa María la Imperial, barbotando las preces rituales, se quita lentamente las sacras vestiduras ante la oscura cajonera de su sacristía. Un reflejo verdoso de alegre luz matinal que, penetrando por una aspillera, atraviesa como saeta el ambiente húmedo y sombrío encerrado bajo la bóveda de granito envuelve en un nimbo de acuario la penitente cabeza del sacerdote, cuyas canas, con aquella iluminación, resplandecen como corona de dios marino.

En el hueco de la puertecilla que da a la iglesia se agolpa respetuosamente, sin atreverse a ir más adelante, un grupo pardo y borroso de campesinos de la vecina aldea, a cuyo frente aparece el hijo de la nodriza. Con la noticia de lo que ocurre en el castillo, llevada por el mozallón de casa en casa, aquella gente ha estado alborotada toda la noche. Al punto habrían querido ir a la torre para arrancar la infame criatura de brazos del señor; pero la noche no le pertenece al hombre, sino que en las horas de tinieblas reinan y triunfan las potencias del mal, y por eso,



paralizados por el miedo, han suspendido toda acción hasta que apuntó el día, momento en el que corrieron al monasterio para solicitar ayuda y consejo del venerable abad.

Postrados a sus pies, hablando nerviosamente todos juntos, quitándose unos a otros la palabra, los aldeanos pretenden informar al santo monje del objeto de su visita; pero el anciano, aturdido por el intrincado estrépito de sus excitadas voces, no logra entender aquella ardorosa algarabía. Por fin los hace callar, e interrogando primero al más viejo y luego al mozallón de la torre averigua qué motivo los trae a su presencia. ¡Una diablesa! Una de aquellas creaciones del pecado que tantos siglos de cristianización no han conseguido extirpar de aquellos contornos.

Olvídase de sus humildes visitantes, que esperan con ansia la palabra de sus labios, y por breves momentos se sume en amarga meditación. Entran por la aspillera, y resuenan reciamente en el ámbito oscuro de la sacristía, los bramidos del viento en el inmediato ramaje de los árboles, y con aquella voz, primitiva y confusa, parece al prior que lo desafían los poderes infernales que imperan en el bosque, cuyos primeros troncos se levantan junto a las mismas tapias del convento y cuyo término no ha sido jamás visto por nadie de la aldea.

En vano el monasterio ha elevado siempre sus preces para que Dios agote aquella diabólica simiente; en vano ha lanzado repetidamente contra el bosque cuantas fórmulas de exorcismo aparecen consignadas en libros eclesiásticos: el bosque sigue endemoniado. A veces pasan largos años en los que parece totalmente extinguida aquella vil ralea; pero de pronto, cuando ya menos se espera,

surgen otra vez patentes muestras de que conserva su vigor de siempre.

Además, en todo el país, como causa o como efecto de aquello, hay mucha más paganía de lo que semeja: supersticiones y herejías brotan hasta en los conventos; las aldeas están llenas de brujas: a cada paso practícanse en secreto actos de hechicería y viejos ritos nefandos. Ha sido inútil arrojar a la hoguera a cuantos malos cristianos fueron encontrados realizando aquellos hechos, y que hayan perecido en terribles suplicios, a manos del pueblo, cuantas de aquella criaturas de Satanás se han aventurado fuera de los linderos de la selva...

Ahora, al cabo de muchos años de tranquilidad, preséntase el pobre caballero de la torre con una de aquellas hembras de perdición en las ancas de su caballo... Aunque, bien mirado, de cualquier otro lo creyera con más facilidad el prudente abad que no de aquel mancebo sin ventura, injustamente desposeído de su patrimonio, descendiente directo de los fundadores del monasterio, cuya casa, mientras le fué dado hacerlo, no se cansó jamás de favorecer a los monjes: es muy devoto de la Virgen, confiábase muchas veces con el viejo prior y sigue sus consejos.

La presunta encarnación del pecado, ¿no será cualquier vil juglaresa perdida en el bosque al dirigirse a Santiago? Pululan tales gentes por la ruta de los peregrinos, y si fuera una de éstas, el señor de la torre, aunque siempre culpable, sería absuelto de su falta por su paternal confesor, una vez arrepentido de ella.

Y acabadas sus reflexiones con esta idea consoladora, el santo prior se dirige a los aldeanos, que esperan pacientemente sus palabras, y les ordena que se vuelvan en paz

a sus casas: él mismo irá a la torre, averiguará lo ocurrido, y si hay algún delito que castigar será castigado.

A pesar de la encendida veneración que sienten por el abad y de que nadie osa dudar de que procederá según justicia, la gente de la aldea, en especial los mozos, regresan de mala gana a sus hogares: habrían querido presentarse ellos mismos en la torre, arrebatarse por la fuerza aquella hermosa criatura endemoniada, satisfacer brutalmente entre sus brazos—tan bellos según las palabras del mozallón—bestiales apetitos que les abrasan la sangre, y después que todos estuvieran hartos de gozar de ella, martirizarla largamente, despedazando miembro a miembro su infame hermosura, para acabar precipitándola en una hoguera cuando ya de ella no quedara más que un gimiente montón de carne ensangrentada. Tales impulsos inflaman en todos los ojos viles llamaradas y crispan todos los labios en una abrasada mueca.

Mas el bendito abad, según va reflexionando en el caso al recorrer el camino del castillo a lomos de su asno, seguido de su fiel hermano lego, encuentra cada vez más imposible cuanto le han referido los aldeanos: de fijo que sólo son chismes y enredos propios de gente baja, siempre dispuesta a adular al poderoso y a cebarse en el desgraciado.

Pero no bien se apea en el patio del castillo cuando la vieja nodriza, acongojada, corre a postrarse a sus pies y a besarle las manos.

—Padre, padre—murmura entre sollozos—, el Señor nos lo trae: ahora mismo salía yo para el convento a suplicar a su paternidad que viniera a hablar con mi amo. El santo prior se deja caer en un banco de la tenebrosa cocina, más fosca aún en aquella alegre hora matinal que



=V.d.e.s.=

durante la noche, y comienza a interrogar a la anciana. Con vivo dolor, según la vieja avanza en sus explicaciones, tiene que ir renunciando a la benévola interpretación de los hechos, elaborada por su cariño hacia su hijo de confesión. Aquellos verdes ojos resplandecientes que pinta la nodriza, aquellos pies hechos de flores, aquellas manos que relumbran como joyeles, y sobre todo su desnudez, su vergonzosa desnudez...

Pero no quiere formar juicio definitivo hasta haber hablado con el caballero, y el ama sube penosamente la obscura escalera y lo llama a voces desde los últimos peldaños, sin atreverse a entrar en la torre. El amo, contra su costumbre, no ha bajado aún aquella mañana, ni parece que se proponga salir de caza como todos los días.

No tarda en surgir de entre las sombras de la bóveda y baja en rápidas zancadas la pendiente escalera. Esfuérase por borrar de su semblante una sonrisa de felicidad y por velar los relámpagos de alegría que surten de sus ojos. Arrodíllase junto al anciano abad y le besa las manos al tiempo de decirle:

—¿A qué debo la honra de ser visitado por su paternidad? Si quería hablar conmigo, ¿cómo no me mandó a llamar para que fuera yo al convento?

El sacerdote acaricia con leve mano la rizada cabellera del postrado mancebo y acaba por mascullar broncamente, tras haberlo contemplado un instante con ojos sagaces:

—He querido hablarte en tu propia casa, hijo mío.

El señor, puesto ya en pie, conoce muy bien lo que se avecina, y con un gesto de resignación, se apresta calladamente a una lucha, tanto más dolorosa, ya que tam-

bién ha de combatir dentro de sí con la veneración que desde su niñez ha sentido por el anciano sacerdote.

Mas el abad, a pesar de su profunda ciencia de los hombres, interpreta mal la expresión del rostro del joven señor: fiado en su anterior docilidad, cree que sólo con verle se ha entregado ya a su albedrío, y sin exordio de ninguna clase dícele imperioso:

—Hijo mío, no perdamos tiempo en inútiles discursos. De sobra sabes lo que me trae aquí. Es preciso que sin perder momento te apartes de esa persona que vino ayer contigo a tu casa.

Hay un breve silencio. El caballero, inclinada la frente, no hace ademán alguno de protesta.

—Me la vas a entregar sin dilación; examinaré su conciencia, y si sólo fuera una descarriada hija de Dios, como tantas otras que andan perdidas por el mundo, monjas hay en Santiago que sabrán llevarla a buen camino; pero si se tratara de una de esas criaturas abominables, engendradas por el demonio, que pueblan la selva...

Pero no puede terminar la frase. El caballero, como picado de una sierpe, lánzase hacia él y casi llega a tapanle la boca con las manos, al tiempo de clamar agitadoamente:

—No, no, padre; no hable de ese modo... A nadie puedo consentírsele. No es de la casta que dice su paternidad, sino hija de Dios y hermana de los ángeles.

El fraile quédase un instante helado de estupor ante el inesperado arrebato de su hijo de confesión, quien prosigue con dulcificado acento:

—Padre mío, perdóneme; no supe reprimir mi primer impulso y le falté al respeto bien sin quererlo. Pero es que adoro a esa bendita criatura; es que gozo a su lado de tal felicidad como jamás creí que pudiera existir para



nadie en la tierra; es que trueca en paraíso mi casa, antes tan miserable; es que soy otro hombre desde que la tengo conmigo y ha llenado de dichas, de belleza, de alegría, las horas de mi vida que antes no eran más para mí que una perenne cadena de dolores.

—Para ti como para todos—replica el prior con severo acento—. Esta vida es una congojosa prueba; el mundo un combate sin término. Pero ya sólo el oírte hablar como has hablado basta para confirmarme en que tienes contigo un aborto del infierno...

—¡Padre, padre, no agote de nuevo mi paciencia!—gime el caballero.

—Es muy fácil saber quién tiene razón—asevera el religioso con pasión creciente—. Basta con que la traigas ante mi presencia. O si no—prosigue levantándose de su asiento—, yo subiré a verla.

Pero el señor de la torre, pálido y ceñudo, ciérrale el paso, diciendo con firmeza:

—Perdóneme, padre; pero nadie puede verla. Se lo tengo prometido.

—¡Ah! ¿No quiere que la vean?—barbulla el eclesiástico con malicioso acento—. También es un buen dato ese.

—Después querrá.. ¿Por qué no? Nada tiene de que avergonzarse, sino muy al contrario, y el mundo entero podrá verla... Pero aun no tiene ropa.

—¿No tiene ropa? Luego ¿es verdad que la trajiste desnuda a tu casa?—grita el anciano en el colmo de su indignación—. Y ¿tú sabes qué clase de hembras, no de mujeres, son esas que se atreven a andar sin vestidos? ¿Tú sabes quiénes únicamente no se avergüenzan de las vilezas de este miserable cuerpo, regocijo de Satanás, al

cual sin cesar todo cristiano se lamenta de verse encadenado?

Conforme van brotando de sus labios los ardientes borbotones de su cólera santa, parece cobrar mayor tamaño la majestuosa figura del prior, envuelta entre las negruras de su hábito; su voz hácese a cada punto más vibrante e imperiosa, y llena el lóbrego recinto con sus cálidos sonos.

—Por última vez te lo digo—clama por fin, cerrando su discurso—; entrégame voluntariamente a esa criatura y ven después al convento para purgar con arduas penitencias tus horrendas culpas.

—Jamás—respóndele resuelto el caballero—; ella y yo somos una sola y misma persona y no hay fuerza en el mundo capaz de separarnos, ni aun las de la muerte.

—Pues entonces...—barbota ahogadamente el santo prior—hemos terminado para siempre.

Sale con paso recio y se llega al borriquillo, en cuyos lomos monta, ayudado por el lego.

—¡Ay, hijo mío, hijo mío!—implora la nodriza a sus espaldas—. Oye las santas palabras del abad; salva tu alma de la condenación eterna.

El sacerdote dirígese hacia ella:

—Anciana—pronuncia en tono que no admite réplica—, quien vive con el réprobo participa de su culpa y perece de su muerte al ser abrasado por el fuego celeste. Aléjate ahora mismo de aquí para no volver jamás.

La vieja, toda sollozos, quiere estrechar contra su pecho al caballero, antes de partir, pero el abad la paraliza con terrible palabra:

—Nodriza, quien ama al condenado, compartirá su suerte.

El ama, lanzando altos clamores, se dirige hacia la puerta del patio tras de los religiosos. Pero el prior, antes de desaparecer bajo el arco, vuelve por última vez su cabalgadura y anuncia con acento solemne:

—Ya que no has querido rendirte a mi autoridad espiritual, otros vendrán a cuyas fuerzas no puedas resistirte y que te arrebatarán violentamente esa criatura de perdición.

QUINTO TIEMPO

INTERMEZZO

I

Agitato.

No bien están fuera, cuando el señor, inquietísimo, comienza a recorrer febrilmente el patio y la parte baja del castillo por ver cómo le será dado organizar su defensa. Habiendo perdido su función el puente levadizo, desaparecido el rastrillo del arco de ingreso y rotos los goznes de la caída puerta de madera, no hay modo de evitar que los atacantes invadan el patio de la torre.

Conforme va observando, con congojosa ansiedad, aquellos irreparables deterioros, crece el temor del caballero, quien se imagina ya que toda la aldea, azuzada por las órdenes del irritado prior, se precipita contra la torre, deseosa de apoderarse del tesoro viviente que se encierra entre sus muros. En su tormentoso delirio, llega a ver la celestial criatura villanamente ultrajada por aquellos brutales zagalones, arrastrada después al atrio de la iglesia, entre injurias y befa, donde alza sus llamas

gigantesca hoguera, que, como bestia en celo, brama con el deseo de la codiciada presa. ¿Qué hacer, qué hacer, Dios mío? ¿Cómo habrán podido permitir sus mayores que se arruinarán hasta aquel punto las defensas del castillo? Y a su propia persona, ¿cómo no se le ocurrió jamás echarlas de menos, antes de esta hora de angustia?

Ya que otra cosa no cabe hacer, pareciéndole que sueñan ya bajo el arco de entrada los pasos invasores, cierra atropelladamente la puerta de la cocina—por suerte muy robusta—, con cuantas llaves, cerrojos, trancas y cadenas es posible echar en ella; amontona después, contra su hoja, arcones, bancos, mesas, todos los objetos grandes y de peso que logra arrancar de su sitio, con las redobladas fuerzas que su inquietud le presta.

Allá en lo alto, bajo la negra bóveda de la cocina, atranca de igual modo la estrecha puertecilla de la torre, y una vez encerrado en ella, revuelve la herrumbrosa armería para llevar, al pie de la escondida tronera, merced a la cual la escalera de la cocina es dominada desde dentro, cuantas armas arrojadizas encuentra abandonadas en el desusado recinto bélico: saetas, dardos, venablos, virotos, pellas de plomo y de hierro...

Si Dios no le quita la fuerza de los brazos, muchas vidas habrán de dejar los enemigos a lo largo de la escalera antes de llegar a posesionarse de ella. Y para entrar hasta allí, hácese preciso que primero se hayan apoderado de la cocina, derribando con gran trabajo su segura puerta, cosa que el caballero cree firmemente que le será dado impedir, desde las aspilleras de lo alto de la torre, mientras su arco no haya consumido toda su abundante provisión de flechas.

Ya un poco más tranquilo, piensa que con tales medios

de defensa no es imposible resistir un formal asedio, aunque con los aldeanos vengan también las gentes de su enemigo, el conde de Rivados. Y, en último extremo, si tan numerosos son los asaltantes que no hay medio de oponerse a sus ataques con seguridad de triunfo, o si se le agotan los pertrechos de guerra y las vituallas arrambladas de la cocina en el momento de subir a encerrarse en la torre, siempre queda el recurso de fugarse, a favor de la noche, por la galería subterránea, de él sólo conocida, que, arrancando de los sótanos, abre su boca al borde de las olas del mar, en medio de los más inaccesibles peñascos de la costa.

Y para no abandonar a la casualidad ninguna de sus posibilidades de defensa, baja también al sótano, alumbrado por un farolillo, aparta con impaciencia los sucios y polvorientos restos de mil informes cosas de desecho, innominados artefactos, armas inservibles, muebles rotos, tablas, maderos, sacos, jergones, paja, que se amontonan casi hasta dar con las vigas de tenebroso techo. Por fin logra encontrar la trampa que cubre la bajada al subterráneo, y para tener todo dispuesto si llegase la hora de la fuga, la deja descubierta.

II

Aire de zarabanda.

Bañado en sudor, casi ahogado por la celeridad con que su impaciencia de verse otra vez junto a su amada le ha hecho subir las escaleras, el caballero llega ante la entrada del gran dormitorio, en lo alto de la torre, y se

detiene, para cobrar aliento, apoyando un brazo en una jamba y en el brazo las sienes. Pero, aunque venga ansioso de olvidar por un instante sus cuitas al lado de su dulce compañera, demórase largamente en la puerta, para no romper el encanto de la escena que descubren sus ojos.

En la dilatada estancia, aparecen abiertas las tapas de todos los cofres y arcones alineados a lo largo de las paredes, y los antiguos atavíos, con tanta veneración custodiados durante tan largo tiempo, han sido arrancados violentamente de su celoso encierro y desparrados al azar por todas partes, como por los remolinos de tempestuoso viento. Sobre el solemne lecho, los asientos y el suelo, se amontonan caprichosamente trajes y adornos: la casualidad une y armoniza los objetos más dispares y los colores más diversos: nieve de linos, arroyos de encajes y de gasas, pompa de plumas, majestad de brocados y de rasos, fulgores de oro, fosquedades de plata, tiéndense por la estancia en una inundación de suntuosidades.

Y en medio de las cuajadas olas discoloras de aquel mar de riquezas, la deidad del bosque, como sirena por las rompientes de su playa, escondida la gracia de sus miembros bajo los rígidos pliegues de un vestido de damasco, con puntiagudo tocado de sedas y velos sobre su cabellera, pasea lentamente por la estancia, con lindo contoneo, volviendo a cada paso la cabeza para ver cómo se abre a sus espaldas la cola del traje. Al descubrir el maravillado rostro de su amante, dirígese hacia él, taconeando ruidosamente, y llegada a la puerta, florecido su semblante en pícara sonrisa, alza por ambos costados, con dos dedos, la pomposa falda, descubrien-

do sus chapines dorados, y con ingenuo gracejo, se inclina hasta el suelo en una reverencia exagerada.

El caballero no puede contenerse más: se precipita hacia la risueña niña y la estrecha ansiosamente entre sus brazos; recorre con abrasada boca sus facciones, iluminadas por dichosas risas; bésale después garganta, pecho y brazos, que han cobrado para él nuevas seducciones al surgir de entre los encajes del escote y brillar entre collares, y, alzándola en sus brazos, llévala, de una carrera, hasta el lecho, pisando sin piedad las esparcidas galas.

Pero la silvestre hija de la selva no resiste ya más la estrechez de su calzado, las molestias y apreturas del traje; con una gran carcajada, arranca el adorno de su cabeza y lo arroja al otro extremo de la sala; con dos alegres zapatetas, echa lejos de sí las cárceles de sus plantas, y con risueña prisa, soltando broches, desatando lazadas, rompiendo el precioso tejido en que está apretujada, hace caer a sus pies el muerto esplendor del traje, del cual surge desnuda, más fresca y pura que nunca, airosa, juvenil, ágil, palpitante, encendida, en amor y en alegría, tendiendo hacia el caballero las firmes y codiciadas prisiones de sus brazos.



FINAL

Alla marcia. Presto agitato.

Cuando el padre prior vuelve a cruzar la aldea, de vuelta del castillo, los campesinos, que no han salido aquel día a sus trabajos, en su impaciente espera de acontecimientos, rodean su borriquillo con silenciosa ansiedad.

El santo fraile avanza lentamente por el estrecho paso que le van abriendo entre sus apretadas filas los aldeanos, y no dice palabra ni alza del suelo sus tristes miradas, aunque sienta cómo se clava en su rostro la muda interrogación de todas las pupilas, ya que los labios, respetuosos, no se aventuren a preguntar nada.

Mas, por fin, un anciano de los que habían estado al alba en el convento, atrévese a demandar:

—Y luego, padre, ¿han arrojado al mar esa arpía desde lo alto de un peñasco?

El virtuoso abad los mira con dolor:

—¡Ay, hijo mío! ¡Está tan aferrado a su mala pasión el pobre caballero!

Sigue su camino sin añadir cosa alguna, sumido en su

congoja, mas a su espalda resuena con creciente furia un ardoroso hervidero de clamores. Lo que el santo varón no ha logrado hacer, será realizado por la aldea. Se apoderarán de la diablesa y vengarán en su persona cuantos daños han recibido de los malos espíritus de la selva. ¡Al castillo todos! Ahora mismo; sin perder momento. Y cada cual entra en su choza en busca del arma que puede parecerle más cruel.

Allá van todos, camino de la torre, en obscura manada, bajo el ardiente sol de mediodía que caldea sus apesados harapos, abrasa sus mollereras, vibrantes de salacidad y rencor, y centellea en su temeroso y rústico armamento: picos, chuzos, hoces, guadañas, horcas, azadas, hachas, bárbaros instrumentos en sus bárbaras manos, de los cuales, más que la muerte, horrorizan los destrozos que causan.

Avanzan con paso presuroso, semblante hostil y táctos labios; sólo muy rara vez se es oye barbotar hosca-mente alguna frase cortada.

Penetran ya en el patio, cuando el caballero, que ha dormido una breve siesta placentera entre los amados brazos, oye el resonar de sus pisadas bajo el arco de la puerta, tírase de la cama y corre al ajimez para ver quien se acerca a su morada. ¡Santo Dios! Apenas quiere creer a sus sentidos, borrachos aun de sueño: el patio se va llenando con las rumorosas oleadas de un negro mar de enemigos sobre cuyas cabezas refulge tétricamente el acero de las armas. Toda la aldea, toda la aldea...

Pero los invasores lo descubren bajo la ojiva de su ventana.

—Venimos por la bruja—claman con grandes voces—.

Venimos por esa infernal criatura que tienes en tu casa. Dánosla; dánosla.

Sus gritos destemplados y el rumor de sus pasos resuenan lúgubrementemente bajo la bóveda de la sala. El caballero los contempla con asombro y temor. ¿Cómo triunfar de tanta gente, Dios mío? Pero lo arranca de su atalaya un gemido que suena a sus espaldas. Sobre el cabezal, la niña, sólo cubierta por las largas ondas de su pelo, llora acongojada, temblando de espanto. Corre a su lado y la oprime contra su pecho:

—Nada temas, mi vida, nada temas—murmura tiernamente, enjugándole con sus besos las lágrimas—. No pueden entrar. Tengo tomadas todas las precauciones. A quien se acerque a la puerta de la cocina lo atravieso desde aquí con mi arco. Además, si así lo prefieres, en cuanto anochezca nos iremos al bosque, saliendo por la mina de la torre. No serás tú la que venga a vivir entre los míos, ya que por su barbarie no son dignos de tu celestial presencia, seré yo quien se va contigo a entre los tuyos, para servirte siempre como esclavo y vivir según tú dispongas. Ya verás, ya verás, la felicidad que nos espera en una choza de ramas en lo más escondido de la selva...

Sonriendo entre sus lágrimas, la niña corresponde con caricias a las caricias de su amante.

Mas van siendo harto fuertes los golpes dados en la puerta de la cocina y el señor comienza a temer que logren echarla abajo. Hay que imponer respeto. Toma arco y flechas, y desde una de las aspilleras que dominan la entrada, tras haber apuntado cuidadosamente, deja clavado a la madera, lanzando alaridos, al hombre que la golpea con mayor fiereza. Otra saeta viene a herir a su

vecino más inmediato, que rueda al suelo con el cuello atravesado.

—¿Queréis guerra?—murmura el caballero con ceñido gesto—; pues ya la tenéis. No soy yo quien ha ido a buscaros. Y si en otro tiempo no supe defender mis bienes, ahora, esta única riqueza que poseo, más preciosa que la corona de un imperio, he de defenderla fieramente mientras me quede aliento, aunque tenga que mataros a todos. Ya merecéis la muerte por el susto que la estáis dando.

En tanto los aldeanos, abandonando a las dos víctimas, que se desangran sobre las losas del patio, retíranse con prudencia fuera del amurallado recinto y deliberan largamente acerca del partido que deben tomar.

Distaba mucho de haber unanimidad en sus pareceres: los más cautos querrían retirarse a sus casas y dejar al señor de la torre que tenga en su compañía a quien bien se le antoje; los más osados pretenden que se lancen todos en masa contra la entrada de la cocina, y, aunque algunos caigan heridos por las flechas del caballero, acabarán por derribar la puerta, que ya se movía mucho en sus bisagras y cerrojos, cuando por primera vez la atacaron. Discuten con violencia y no falta quien se vuelva a la aldea, pero la mayoría acaba por tomar la resolución de esperar el crepúsculo para realizar el ataque, cuando las flechas del señor no sepan encontrar sus cuerpos entre las sombras del patio.

—Sí, sí; al anochecer—dice el hermano de leche del caballero—; entre tanto, traedme lumbre de la aldea y que vengan conmigo a los peñascos de la costa un par de forzudos mozos, armados de martillos, para romper unas rejas, y por un camino que yo solo conozco llegaremos a

la torre y le prenderemos fuego. El amo caerá en vuestras manos al pretender salvar a su infernal barragana. Haced de él lo que queráis. Nada me importa. En cuanto a ella, no olvidéis que nadie tiene derecho antes que yo a gozarla, ya que yo soy quien la pone en vuestro poder después de haberos revelado su existencia...

Hay después unas horas de impaciente espera tanto para los encerrados de la torre como para sus atacantes. Vigílanse mutuamente sin verse, con cautelosa atención; el caballero, desde su ajimez, dispuestos arco y flechas, no aparta los ojos de la puerta que guarda; los otros, también acechan patio y torre, escondidos bajo el arco de entrada y agazapados al pie de las murallas. Reina un denso silencio, preñado de amenazas.

Tranquilizada por la fingida paz, la deidad del bosque acaba acercándose a su amante y atalayando ella también el patio, con medrosa mirada. En medio de las más regaladas ternezas, el caballero va calmando la inquietud de la niña. Faltan ya pocos momentos para que el sol se ponga; en cuanto comience a obscurecer, bajarán al sótano del castillo, mientras los otros se esforzarán vanamente por penetrar en él; descenderán a la galería subterránea, saldrán al aire libre entre las peñas de veramar, allí, donde menos puede sospechar nadie su presencia, y, en una sola carrera, estarán ya en los primeros árboles del bosque, donde los espera una felicidad sin término.

Un postrer rayo de sol, rojo y sangriento, envuelve con resplandores de incendio la abrazada pareja, derramando por la estancia el fulgor de sus llamaradas.

—¡Por fin!—suspiran ambos, sintiendo cómo se aflojan los resortes de su inquieta ansiedad.

El crepúsculo vierte en el patio del castillo sus reflejos violados, que poco a poco se van trocando en cenizas cada vez más muertas. El señor de la torre observa por última vez la solitaria entrada, ya casi perdida en las tinieblas, y se dispone a descender a la mina del castillo con su maravillosa compañera, envuelta, como ayer, en su capa.

De pronto, cree percibir un olor extraño. ¿Cómo puede oler a quemado si el fuego del hogar, del cual nadie se ocupó desde por la mañana, tiene que estar ya apagado? ¡Bah! un fantasma del miedo. Pero otra vez, y con más fuerza, unos acres vapores hieren su olfato. ¡Dios mío! ¿Qué será?

Asómase inquieto a la escalera que conduce a los pisos inferiores. Por allí, por allí viene el olor y hasta le parece advertir un remoto chisporroteo en las entrañas de la torre. Presa de horrenda sospecha, baja, como un loco, hasta el piso que se alza sobre los sótanos: encuéntrase envuelto en asfixiante humareda, y, bajo sus pies, entre espantables crujidos y estallidos, oye bramar ferozmente las reprimidas llamas, furiosas de su encierro, que anhelan el instante de volar hasta lo alto de la torre con salvaje alegría y lanzarse al nocturno espacio por cada una de sus ventanas y aspilleras. ¡Los miserables! ¡Han descubierto el paso secreto y por allí han venido a prender fuego! No le queda otro recurso, sino el de abrirse camino a cuchilladas, con su amada en los brazos, por medio de la grey de sus atacantes.

Sube como en un vuelo las escaleras, pobladas ya de humo; arranca su fuerte espada de la cabecera del lecho; envuelve con mano trémula a la preciosa criatura entre los pliegues de su capa; y, apretándola contra su pecho,

desciende los empinados peldaños de granito, con gran cuidado de no rodar por ellos. La niña, medio muerta de espanto, se agarra acongojada a su cuello.

Abajo son espantosos los rugidos y chasquidos del fuego; ciega y ahoga la humareda; abrasan los tablones del piso, por entre cuyas grietas amanecen ya sus deslumbrantes arreboles las llamas. Con todo, el caballero, semi asfixiado, consigue ganar el hueco de la puertecilla que abre hacia la escalera, y loco de terror, quita vertiginosamente trancas y cerrojos. Abre por fin la puerta. Se encuentran salvados. Respiran hondamente.

Pero no bien aparece en lo alto de la escalera, con su amada en los brazos, cuando se alza en la cocina otro bramar casi tan fiero como el de las llamas, que han derribado fragorosamente en aquel punto el piso de la torre que acaba de abandonar. Los aldeanos han derribado la puerta, y su oscura masa llena la cocina.

El caballero, casi en trance de caer desvanecido, a los rojos reflejos palpitantes que brotan de la abrasadora puerta abierta a sus espaldas, descubre al pie de la escalera un fosco mar de rostros hostiles, en cuyos ojos arden bravíamente despiadados fulgores de crueldad y lascivia.

—¡Ah! nos la traes, nos la traes; por fin nos traes a la infame criatura—rugen los de abajo sarcásticamente.

—Pues aunque la Layas sacado de la torre no por eso dejará de morir entre llamas.

—Pero antes será nuestra. Todos nos hartaremos de gozar de su carne de pecado.

—Y cuando ni el más vil quiera ya nada de ella...

—Le arrancaremos esos ojos de fuego fátuo que embrujan las almas...



—Esa boca de brasas que enloquece a los hombres con sus besos mortales...

—Esos brazos que llevan al infierno a quien abrazan...

—Esos pechos donde halla la condenación eterna quien hace de ellos su almohada...

—Traénosla, traénosla; para que no seas tú sólo quien conozca la embriaguez de sus labios y sepa de la caricia de su piel, dulce y suave.

Ya los más osados trepan por la escalera y hasta hay uno que se atreve a agarrar, con sacrilega mano, la capa que envuelve a la desmayada criatura de la selva. Pero entonces, el caballero siéntese repuesto de su pasajera flaqueza; rompe con recia cuchillada la cabeza del vil profanador, que rueda, dando botes, de peldaño en peldaño; pasea por el hostil concurso una mirada de bestia acorralada; gira sobre sus talones, y, sin dejarse repeler por las llamas y el ambiente de horno que brota de allí dentro, siempre sobre su pecho su idolatrada carga, penetra sin vacilar por la puertecilla de la torre y se deja caer en el mugiente y cegador infierno que se abre a sus plantas.



LA NOVELA MUNDIAL

DIRECTOR: J. GARCIA MERCADAL

Algunos de los números publicados

BAROJA (PIO)

1. *La casa del crimen.*
31. *El horroroso crimen de Pefaranda del Campo.*
30. *La dama de Urubí.*

BUENO (MANUEL)

5. *La dulce mentira.*
 49. *Una historia de amor.*
- CASTRO (CRISTOBAL DE)**
6. *La inglesa y el trapense.*
 43. *Clavellina.*
 65. *La jaula de oro.*
- Los hombres de hierro (en prensa).

INSUA (ALBERTO)

27. *En el alegre Madrid de 1905.*
 33. *La señorita y el obrero o Un flirt en la verbena de San Antonio.*
 40. *Mademoiselle Simone en Madrid.*
 55. *La casa de los solteros.*
 66. *El galán supersticioso.*
- El vicio y la virtud en el Atlántico (en prensa).

LOPEZ DE HARO (RAFAEL)

19. *¿Eres tú?*
35. *Se ignora cuál de las dos.*
51. *Cara a cara.*
64. *El hombre del sombrero gris.*
75. *Mi amigo el viajero.*

Viva en el hotel (en prensa).

VALLE-INCLAN (RAMON DEL)

10. *El terno del difunto.*
24. *Ligazón.*

41. *Ecos de Asmodeo.*

72. *La hija del capitán.*

GAMBA (FRANCISCO)

62. *La garra invisible.*
 74. *Piedra rodada.*
- Crimen de mujer (en prensa),
Mar loba (en prensa).
El patriarca (en prensa).

CARRERE (EMILIO)

68. *Aventuras de Lázaro de Ocaña.*
77. *Amor de sacrificio.*

PEDRO (VALENTIN DE)

38. *El estigma de un beso.*
 69. *El hijo del rey.*
- La mujer que habla perdida a Dios (en prensa).

MARIN ALCALDE (ALBERTO)

44. *El precio de la dicha.*
- Una huella en la nieve (en prensa).

COLOMA (JESUS R.)

18. *Los hijos de la carroña.*
 54. *Los Linajes.*
 71. *Se rifa un marido.*
- Cómo aman las africanas (en prensa).

Entre pamúes (en prensa).

LLAMPAYAS (JOSE)

56. *El oso del señor Gimson.*
 79. *El violín de Emmy.*
- Francho Mur (en prensa).

LORENTE (JUAN JOSE)

28. *El ultraje.*
- Los vándalos del amor (en prensa).

Aparecerá el jueves 13 de octubre de 1927, el número 83

ALBERTO INSÚA

El vicio y la virtud en el Atlántico

Sé ha publicado

EN ZIGZAG

(Por tierras vascas
de España y Francia)

de

J. García Mercadal



Precio: 5 pesetas

*Pídase en todas
las librerías*



OBSEQUIO DE "LA NOVELA MUNDIAL" A SUS LECTORES

PUEDA USTED LEER POR POCO DINERO
TODAS LAS NOVELAS DE ALBERTO INSUA

Todo el que remita cinco cupones como el que se publica en esta hoja, más 20 pesetas, recibirá 5 tomos de las obras de Alberto Insúa, a elegir:

En tierra de santos. « La hora trágica. « El triunfo. « Las neuróticas. « El demonio de la voluptuosidad. « Las flechas del amor. « Los hombres: I. Mary los descubre. « Los hombres: II. Mary los perdona. « El peligro. « Las fronteras de la pasión. « La batalla sentimental. Maravilla y la hiel. « Un corazón burlesco. « El negro que tenía el alma blanca. « La mujer que necesita amar. « La mujer que agotó el amor. « Un enemigo del matrimonio. « La mujer, el torero y el toro.

Cupón regalo de las obras
de Alberto Insúa.

LEA USTED
GABRIELA
HISTORIA DE UNA POBRE MUJER

POR EL GRAN NOVELISTA

**M. Fernández
y González**

Esta obra constará
aproximadamente de

30 CUADERNOS

publicándose por cuader-
nos semanales.

Cuaderno, 25 céntimos.

**Suscripción por cada mes,
1 peseta.**



C Ó M P R E L A

Relatos emocionantes del genial novelista.

Nutrida lectura, con ilustraciones.

La más económica y mejor presentada.

ESPLENDIDOS REGALOS A LOS LECTORES

Pida gratis el primer cuaderno.

ADMINISTRACION: RIVADENEYRA, S. A.

Paseo San Vicente, 20. - MADRID

LA NOVELA MUNDIAL

GRATIS :-: GRATIS :-: GRATIS

**COMO PUEDE
LEER GRATIS
LA NOVELA
MUNDIAL**

Remitiendo el cupón adjunto, cuyo valor es de treinta céntimos, más el resto hasta completar el importe del libro, recibirán éste franco de porte.

**Observaciones
importantes para
los pedidos.**

El cupón no puede utilizarse más que para un solo libro.

Las peticiones de libros se harán directamente a la Administración de LA NOVELA MUNDIAL, Paseo de San Vicente, 20. Apartado 8.015

BORRAS (Tomás):

La pared de tela de araña (Novela de Marruecos).....	4
Novelitas	4
La mujer de sal.....	4
Fantochines (ilustraciones de Bagaria).....	4
La Anunciación (ilustraciones de Fontanals).....	3
El hombre más guapo del mundo.....	2,50
El Avapiés (con grabados de Goya).....	3
El sapo enamorado (ilustraciones de Zamora).....	3
Las rosas de la fontana (poesías).....	2,50

INSUA (Alberto):

El negro que tenía el alma blanca.....	5
La mujer, el torero y el toro.....	5

LOPEZ DE HARO:

Sensaciones de Julia.....	5
La Venus miente.....	5
Entre todas las mujeres.....	5
Un hombre solo.....	5

MAS (José):

El rastrero.....	5
------------------	---

PEREZ DE AYALA:

A. M. D. G.....	5
Finieblas en las cumbres.....	5
Troteras y danzaderas.....	5
Luna de miel, luna de hiel.....	5
Trabajos de Urbano y Simona.....	5

Cupón para
descuento de
libros
0,30 cts.

PROXIMAMENTE APARECERA

LA PANTALLA

SEMANARIO ESPAÑOL DE CINEMATOGRAFIA

La verdadera guía de la
cinematografía mundial.

Informaciones y noticias

:: :: de última hora :: ::

EDITADO EN

RIVADENEYRA (S. A.)

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

INFANTIL RIVADENEYRA

PARA PREMIOS

SERIE A.—Estuche artístico de 40 cuentos Liliput, ilustrados por los mejores caricaturistas. Precio: 2,50 ptas.

SERIE B.—Estuche artístico de 32 cuentos Liliput, con ilustraciones de los mejores dibujantes. 2 ptas.

SERIE MIGNON.—Estuche de ocho cuentos, con la vida de Mariquita. 1 peseta.

SERIE VELÁZQUEZ.—Estuche de ocho cuadernos de dibujo por el popular dibujante "Karikato". 1,50 ptas.

SERIE BLANCA.—Estuche de cuatro cuentos. Preciosísimo regalo para las niñas. 1,25 ptas.

SERIE ROSA.—Estuche de cuatro cuentos en colores. 1,50 ptas.

SERIE ORO.—Compuesta de siete cuentos en cartón: Buby se convierte en pájaro.—Buby escribe a los Reyes.—Buby encuentra un tesoro.—Maruja.—Las tres pruebas de Segismundo.—La protegida de las flores.—El bloqueo del castillo de Cotapún.—Cada cuento en colores, una peseta.

SERIE FANTASÍA.—*Alta en el País de las Maravillas.* Precioso cuento en colores. 2 ptas.

CARPETAS DE MUÑECOS RECORTABLES

Contiene cada carpeta artística 10 planas de las populares *Mariquitas recortables*. 1,25 ptas.

Todos los pedidos a nombre del Sr. Administrador de la *Infantil Rivadeneira*, paseo de San Vicente, núm. 20.

NOTA IMPORTANTE

A los lectores de la NOVELA MUNDIAL se hará un descuento del 20 por 100 remitiendo el adjunto cupón.

CUPÓN REGALO
Vale para el 20 por 100
de descuento en los
cuentos de la In-
fantil Rivadeneira.

EN BREVE APARECERA

ESTAMPA

GRAN SEMANARIO GRAFICO Y LITERARIO
DE LA ACTUALIDAD ESPAÑOLA Y MUNDIAL

LA IMAGEN DEL MOMENTO

EL COMENTARIO OPORTUNO

LA INFORMACIÓN INTERESANTE

LOS ESCRITORES PREFERIDOS

EDITADO EN

RIVADENEYRA (S. A.)

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

LOS DOS ÉXITOS INSUPERABLES DE ALBERTO INSUA

El negro que tenía el alma blanca

NOVELA



Quetzal
Nueva y artística
edición

Acaba de ser tradu-
cida al portugués y
al francés

La mujer, el torero y el toro

NOVELA



Historia amenísima
y dramática
de una competencia
torera

Una encantadora
figura de mujer

El toro en el campo
de Andalucía